

## LAS TRAMPAS DEL NEOLIBERALISMO: HACIA UNA DEMOCRACIA POSCAPITALISTA

Distinguidos profesores John Mill Ackerman y Ambrosio Velasco, compañeras y compañeros: Sean mis primeras palabras para expresar la alegría de volver a esta ciudad y a esta universidad, por las que profeso gran admiración y cariño. Sean también de agradecimiento para el profesor Mill Ackerman por esta invitación. Valoro enormemente la oportunidad que se me ofrece de presentar mi modesto trabajo sobre la democracia en un momento de tanta trascendencia para México, en que florea la esperanza que trae consigo una experiencia de transformación.

El tema de mi intervención es el neoliberalismo y la democracia. Tendemos a observar al primero como a las leyes de la física, que podemos intentar conocer, pero no modificar; de la democracia se suele decir en todas partes que es el tema de esta época. Ocurre, sin embargo, que de la democracia ni se puede ni se debe hablar si no se habla a la vez de dignidad. La dignidad es factor que distingue a la humanidad y constituye la democracia. Los dos serían conceptos vacuos sin ese elemento germinal de la especie humana.

En una medida considerable, nuestro destino como comunidad depende de la cualidad de las relaciones que se establezcan entre nuestras democracias y el capitalismo, sus contradicciones inherentes, su funcionamiento y su gobierno. El capitalismo no es democrático, como le gustaba recordar a Max Weber, pero requiere de estructuras sociales dinámicas, estables y articuladas para su desarrollo. Es decir, el capitalismo no es democrático pero necesita de la democracia. En esa brecha radica nuestra esperanza de resistir y avanzar en la acción constitutiva y la edificación social justa.

La tercera revolución tecno-industrial transhumanística actualmente en marcha hace que nuestras jóvenes democracias resulten obsoletas y retrocedan ante fuerzas tecnológicas arrolladoras que parecen elevarnos y destruirnos a la vez, como es propio de todo lo nuevo. Esta revolución industrial comprende la robótica, la genética, la biotecnología, la neurotecnología, la nanotecnología, la tecnología espacial lideradas por Google, Space X, Apple, Facebook, Amazon y centenares y quizá miles de

empresas que diseñan y gestionan otras tantas apps con las que cada día avanza la digitalización de la vida y el planeta en una transversalidad universal, aproximándonos cada vez más a la frontera entre lo humano y lo poshumano.

Estas fuerzas hacen que por primera vez en esta época histórica gran parte de la vida pase por fuera del perímetro de los estados y su capacidad para encarnar el significado de la vida colectiva. El vigor, libertad y expansión de los negocios de hoy fundados en la digitalización del mundo sobrepasan todas las fronteras y escapan a todos los controles. Son transnacionales, transregionales y rebasan lo político. La tercera revolución industrial parece dejar sin palabra significativa por primera vez al estado y la democracia. Sus aplicaciones nos encierran en bases de datos, nos clasifican, reorganizan, conectan y comunican, generando nuevas maneras de relacionarnos con el mundo, la sociedad y nuestros prójimos. Empiezan a formular un nuevo concepto de humanidad, de sociedad y de individuos y así plantean a la democracia desafíos nunca antes vistos. La tercera revolución industrial que vivimos desde los años noventa y su infinita multidimensionalidad, que llega a comprender zonas antes prohibidas como las llamadas *deep web* y la *dark web*, es resistente a la regulación pública y de ese modo nos retrotrae a los orígenes del capitalismo, cuando los Adam Smith y los David Ricardo propugnaban el dejar hacer y dejar pasar. Al escuchar a los pregoneros de esta nueva época, uno tiene la impresión de estar ante un recomienzo del capitalismo, con los mismos cánticos que llevaron a un Adam Smith a postular su *Teoría de los sentimientos morales*, según la cual entrábamos a un mundo en que la virtud estaría asegurada, en tanto condición para el éxito de los negocios.

Todo proyecto de transformación democrática debe contar con el estado real del mundo, con la realidad objetiva. Esa realidad debe alertarnos. Lo subrayo porque una simple mirada a la historia nos dirá inmediatamente que estamos ante una amenaza terrible. No hay que ser un pesimista ni un conservador para verlo. Solo hay que recordar. La revolución industrial precedente, la del siglo XVIII, que llevó a la creación de los estados nacionales y al surgimiento de la democracia, tuvo tal desarrollo en manos del capitalismo y su lucrativa ignición tecnológica que sobrepasó enteramente a las democracias: la humanidad entera fue a parar en el siglo XX a dos guerras mundiales que significaron un verdadero diluvio universal. Desde entonces sabemos hasta qué

punto el capitalismo es capaz de llevar a la humanidad al borde de la destrucción, un lugar del que desde entonces no se ha alejado.

Por todo ello se puede decir que la hora de esta tercera revolución tecno-industrial marca también la hora de una nueva democracia, con principios y valores independizados del capitalismo. Solo una nueva democracia, con un sentido ético profundo, puede defender la especificidad humana y su dignidad, solo una democracia poscapitalista puede imponer límites al mundo naciente de la revolución tecno-industrial que vivimos. Ese límite no es ni puede ser otro que el de la dignidad humana, y es inapelable.

Si somos conscientes de que la democracia es solo una excepción en la historia humana; que el primer ensayo democrático en Atenas llegó después de miles de años de monarquías y tiranías, duró apenas doscientos años y fue sustituida por más de dos mil años de imperios, reinos, principados, papados, sociedades estamentales y ese nutrido conglomerado que genéricamente llamamos Antiguo Régimen, gobiernos que ignoraban la voluntad de las mayorías; si recordamos que las democracias actuales surgieron no de rápidas improvisaciones ni de meros apuntes de coyunturas sino de tres siglos de debates intelectuales y luchas políticas, entonces no será tan difícil asumir las tareas del presente de un modo realista. Con la templanza de la consciencia histórica debemos moderar tentaciones fatuas, ganar la más alta consciencia y recorrer el camino que tenemos delante.

## II

En los dos siguientes apartados voy a tratar de hacer una aproximación a la estructura moral del capitalismo; luego haré tres reflexiones sobre elementos que estimo esenciales para la elaboración de una nueva cultura democrática: la noción de humanidad universal; el juicio deliberante; y lo pequeño y lo popular como inspiraciones de una nueva democracia. Veamos.

El capitalismo generó los valores de las democracias. El mercado forjó una moral inédita en la historia. ¿Cuáles fueron esos valores del capitalismo que conformarían la cultura de la democracia? La respuesta es clara: los que se originaban en las necesidades de comerciantes, banqueros e industriales, y delante de todos la libertad y la igualdad.

Porque libertad e igualdad nacieron como principios económicos, no políticos ni morales. Esa libertad y esa igualdad no se reclamaron para las personas sino para las mercancías, para los negocios: libertad de comercio, de préstamos, de industrias; e igualdad frente a los privilegios, las exclusividades y ventajas de la nobleza y su usufructo de la tierra, igualdad frente a sus tributos, leyes y tribunales. Libertad e igualdad, principios exigidos, repito, por comerciantes, banqueros e industriales, se convirtieron en los primeros derechos y las primeras normas de las democracias, del mundo que nacía.

La implantación de estos dos primeros principios supuso la institucionalización de otros dos: la competencia y la oposición, el combate como consecuencia de la libertad y la igualdad, condición de la cual nació la gran regla que englobaba la vida del capitalismo y la democracia: la adversariedad, un principio consagrado como motor y modelador de la relación social, el que llena la atmósfera de la vida. Así como el cristianismo proclamó el amor al prójimo, el capitalismo inoculó el espíritu de conquista, la confrontación y la dominación. Conquista de la naturaleza, del mundo y del prójimo. De allí el estado de guerra permanente en que todos se baten ferozmente contra todos que caracteriza la vida cotidiana de las democracias capitalistas. A ese fenómeno Max Weber lo expuso magistralmente de otro modo: llamó cálculo a la principal arma utilizada por todos contra todos en la guerra de cada día, de cada hora, del capitalismo. Curiosamente, al resultado lo llamaron éxito y así se elevó la competencia económica a categoría moral. El famoso contrato social, un acuerdo perpetuamente provisional de paz entre la monarquía, la nobleza y la burguesía, se firmó entonces como garantía de hierro para la armonización y sujeción de esos elementos de alta explosividad, rematado por un principio secundario pero de apariencia central: la prevalencia de la ley, la utilización de la ley previa donde antes primaba la costumbre o la voluntad individual, generalmente del monarca.

Es en este campo ya cabal y perfectamente cultivado que se universaliza la mercantilización de la vida. No me refiero al intercambio de mercancías sino a la adopción en el mundo humano de las reglas que rigen el de las cosas, a través del proceso que Marx llamó "la fetichización de la mercancía". El intercambio entre personas se realiza bajo las mismas condiciones que operan en el tráfico de cosas, con el criterio de rendimiento, fijación de un precio y multiplicación de beneficios.

Libertad, igualdad, competencia, oposición, adversariedad, cálculo orientado al beneficio, legalidad, éxito, mercantilización y espíritu de conquista fueron el caldo de cultivo de la democracia. Estos principios compusieron una ética práctica que propulsaba la acción. El modelo económico se adoptaba así como modelo moral. Con estos principios hemos sido contruidos todos. Consagrándolos, la democracia y el capitalismo se fortalecían recíprocamente. Adam Smith ya advertía que el comercio y el intercambio proyectaban principios que ayudan a los hombres a ser libres, fomentando un comportamiento civilizado, y John Stuart Mill aseguró que toda forma de gobierno es una gran influencia sobre la mente humana.

El método es el mencionado: transformar en derechos, valores y cultura los elementos del sistema de producción de bienes. Lo hemos comentado en la igualdad y la libertad, pero podemos verlo también en componentes tangibles como la propiedad privada, que, primero, recayó sobre la tierra, después fue componente de un sistema de producción a mayor escala, más tarde derivó en derecho general, que en el capitalismo fue consagrado como parte de la personalidad humana, dando lugar a la generación del concepto de propiedad individual y privada, cuyo último paso fue tender el puente hacia la privacidad, o sea, convertir la vida privada en un derecho. La medida de estos principios fue el autointerés, que es la forma liberal de llamar a una ética en que el lucro y el placer propios se erigen en principios de vida. Finalmente hay que añadir otras virtudes, menores pero articuladas a la producción y comercialización de mercancías: prudencia, laboriosidad, orden, ahorro, sentido común y autonomía individual. Sí. Todos nos reconocemos en ello.

El capitalismo generó no solo una forma de gobierno conocida sino los también principios de vida de las democracias. Así, aproximadamente, se forjó el retrato moral de esta época.

El capitalismo digital de hoy parece poner en cuestión algunos de estos valores. Según sus pregoneros, el capitalismo digital ha echado a andar una economía colaborativa o al menos complementaria, no impulsa los principios de oposición, competencia o adversariedad, ni funciona con estructuras jerárquicas, sino con la igualación de enormes masas humanas. En realidad, si Google, Apple o Amazon o cualquiera de las macroempresas que hoy dominan el mundo no sufren competencia

alguna, ello se debe a la institucionalización de los grandes monopolios que se han repartido el mundo, al socaire del principio general de desregulación.

Es el ultracapitalismo preconizado por los neoliberales, a quienes, con más precisión, cabe llamar ultraliberales.

### III

Pero la cultura de las democracias no procedía solo del capitalismo. En mi libro *Una sociedad de señores. Dominación moral y democracia* traté de probar que en las democracias actúan valores procedentes de las sociedades nobiliarias, principios aristocráticos infiltrados en las democracias. Los pensadores que diseñaron el mundo democrático, preocupados por resolver los problemas operativos del capital en política, no detectaron ni hicieron nada por depurar al mundo naciente de la sutil pero profunda herencia aristocrática, y no lo hicieron porque en realidad pretendían que esos valores se sumaran a los propios para componer la cultura de las sociedades modernas, pues la riqueza no era suficiente para alcanzar el sitio al que aspiraban, para ennoblecerse. Fue una decisión profética. Las democracias fueron voluntariamente equipadas de una moral que combinaba los valores de la burguesía con los tradicionales de la aristocracia, que negaban la idea de gobierno del pueblo y que ahora el ultra capitalismo pone nuevamente de relieve, diríamos que pone de moda, adoptado como elemento de identidad.

El núcleo, la madre de esos valores aristocráticos infiltrados en las democracias, el que las pervierte de modo radical, en cuyo centro se gestan y desde el cual se expanden los demás valores, es una idea de humanidad, entiéndase de dignidad, provista de atributos tan perniciosos que incluso anula la idea de igualdad que habían hecho emerger los comerciantes, banqueros e industriales.

Para el pensamiento nobiliario adoptado por la burguesía en la elaboración del ideario de la democracia, la humanidad no es un atributo de todos los miembros de la especie sino solo una potencialidad que puede realizarse o no, y cuya materialización histórica puede ser total o solo parcial, según se cumplan o no ciertas condiciones pre-establecidas. El atributo humano de un sujeto individual o colectivo depende del cumplimiento de esas *condiciones*. En quienes no han creado una *polis* -o sea la mayor

parte de la humanidad- ni son capaces de vivir en ella porque no se atienen a leyes ni viven según la virtud, distinguiendo lo bueno de lo malo y lo justo de lo injusto, en esos seres imperfectos, las *condiciones* no se cumplen y la potencialidad humana o la humanidad potencial no se realiza: no son humanos; son subhumanos o inferiores.

Los seres subhumanos pueden parecer humanos, pero no lo son. Una mente tan sofisticada como la del filósofo renacentista Marsilio Ficino pensó que la humanidad es un asunto de grados: niños, locos, estúpidos y crueles, por ejemplo, “no participan, plenamente de la naturaleza humana”. Según él, Nerón no era un hombre sino solo un monstruo en la piel de un hombre. George Washington, uno de los *foundign fathers* de Estados Unidos, conociendo o no la fuente de su pensamiento, sostuvo en una carta que los indígenas americanos solo tenían la *forma* de los humanos: *nada más*. Para Marsilio Ficino, la humanidad verdadera estaba representada por los sabios; los no sabios componen “una subhumanidad. La de la falsa humanidad o subhumanidad es una idea griega que ha llegado a nuestro tiempo con todo su poder pervertidor.

En suma, para el pensamiento aristocrático integrado por la burguesía en la cultura de las democracias, la humanidad, o sea la dignidad: 1. no es una unidad, 2. no es universal, 3. no es indivisible, 4. no es incondicional, 5. no es irreversible; y 6. no es imprescriptible. Que la humanidad no es una unidad significa que en su interior puede haber y hay diferencias y grados; que no es universal se traduce en que su concepto no comprende a todos los miembros de la especie; que no es indivisible supone que en estos se puede reconocer una parte humana y otra que no lo es; que no es incondicional denota que solo se realiza cuando ciertas condiciones esenciales se cumplen; y que no es irreversible advierte de que las acciones de un sujeto individual o colectivo tenido como humano pueden llevar a que el aludido sujeto pierda ese valor: un miembro de la especie será reconocido como humano solo si cumpla las condiciones: en cuanto deja de cumplirlas, esa humanidad le será retirada o revocada. Para ese pensamiento, la condición humana puede prescribir.

La conclusión, en lo que atañe a lo moral, es que entre los miembros de la especie no hay igualdad moral o dignidad sino diferencias, jerarquía entre humanos, superiores e inferiores. La diferencia moral refleja los grados en que en cada uno se ha realizado o no la potencialidad humana. La burguesía señalaba así los límites de sus primeros principios, confinando la igualdad meramente a lo que se llama “igualdad ante la ley”.

Que no hay igualdad sino diferencia moral, que no todos los miembros de la especie poseen igual dignidad es el corazón de la moral nobiliaria remozada por el neoliberalismo, la primera y decisiva trampa de esta corriente que busca reconstituir los fundamentos liberales de las democracias

De este núcleo nacen estos otros valores igualmente aristocráticos que atañen a la vida en esta época y por los cuales nuestras democracias valoran a sus ciudadanos: La lista es larga: fama, gloria, reputación, honor, honra, triunfo, mérito, linaje, deferencia, filantropía beneficencia, mecenazgo, padrinazgo, condescendencia, belleza física como forma de virtud... Valores formados y acumulados durante miles de años en reinos, principados, papados, cuya presencia hoy puede comprobarse en cualquier momento en las redes sociales, en los periódicos o las televisiones hegemónicas. Resulta sorprendente comprobar cómo el ultracapitalismo digital ha exacerbado estos principios aristocráticos. Allí están las carreras desbocadas por la fama y la gloria en los programas de televisión y en las redes sociales, lujo, linaje, reputación, honor y honra, ética del mejor, todo el léxico del mundo nobiliario redivivo hoy. Ahí está el patronazgo del dueño de Facebook con el hospital general de San Francisco, ahora llamado hospital Zuckerberg.

En esta imbricación de valores burgueses y aristocráticos en las democracias destaca su resistencia a establecer vínculos con la moral, sustituida por el éxito y la fama y esa trilla de principios que hemos visto. Es así como las democracias capitalistas, por su estructura de funcionamiento, descartan toda consideración sobre la dignidad humana.

He tratado de bosquejar rápidamente el contenido real de la cultura generada por esa pareja consanguínea formada por el capitalismo y la democracia, la simbiosis cultural que agita y denigra nuestras vidas. De la infinidad de modos en que actúan las trampas neoliberales, cabe hacer toda una fenomenología cotidiana, lo que Foucault llamó “una ontología del presente”.

Pese a todo, podemos decir que la promesa del capitalismo contenida en los principios reseñados parecía plausible: el individuo del capitalismo era un ser que gozaba de libertad e igualdad, poseía libre albedrío y voluntad, tenía capacidad para elegir el bien y el mal y sujetar su conducta a la ley positiva y la norma moral, un ser, en suma, con conciencia moral y cívica: aquel que la revolución francesa empezó a llamar



“ciudadano” y “ciudadana”, garantía de estabilidad y continuidad de la democracia y el capitalismo.

Pero, he aquí que en el siglo XX todo estalla. La Primera y sobre todo la Segunda Guerra Mundial exhibieron catastróficamente que el mundo construido estaba lejos de haber resuelto los horrores que llevaron a la caída del sistema monárquico-feudal. Un principio destructor indeterminado estaba actuando con un poder inusitado en la consciencia moderna. Doce millones de africanos fueron sacrificados en la esclavitud para la acumulación del capital europeo y estadounidense y seis millones de hebreos exterminados en los campos nazis. En el fundamento del proyecto democrático intervenía un principio destructor que permitía a algunos hombres y pueblos disponer de la vida de otros. Dejando actuar a ese principio, el mundo se entregó a un albur histórico trágico.

Los ideólogos del ultraliberalismo y el ultracapitalismo se niegan a discutir ahora sobre el futuro que trae consigo esta era de digitalización del mundo e insisten, como empezaron a hacer a fines del siglo XVIII, en el dejar hacer y dejar pasar y la desregularización, en que podemos confiar en que la libertad y la igualdad de la mercancía nos llevarán a un lugar seguro. Pero ya sabemos adónde lleva la libertad y la autorregulación del capitalismo. Los crímenes contra africanos y hebreos solo fueron posibles por el principio de no-humanidad, subhumanidad o indignidad: hay quienes carecen de dignidad, hay gente que de humanos solo tienen la forma y cuya existencia puede ser dispuesta por una humanidad superior, que detenta los poderes. Ya está claro que los crímenes coloniales y neocoloniales, los crímenes contra el planeta y el evidente fracaso de las democracias se debe a los principios que el capitalismo segrega cada día, con los que convierte a las democracias en tapaderas del negocio y el crimen. Baudelaire ya percibió a mediados del siglo XIX que el capitalismo estaba convirtiendo la realidad en mera alegoría, que la vida desaparecía. El capitalismo digital postula sustituir el cuerpo con ciber-miembros, como dice Hartmut Rosa, nos hace perder la capacidad de conectar con el momento y el lugar en que vivimos. Todos sentimos que el mundo, incluso nuestro mundo más inmediato, ha dejado de ser-algo-para-nosotros, que ya no está a nuestro alcance, que ha dejado de estar disponible para los humanos, como dice el mismo Rosa. Los humanos nos hemos convertido en seres exiliados en la tierra, en una alienación general que tiene como consecuencia la pérdida de nuestra capacidad

para buscar fines o metas generales, la merma cotidiana de las facultades intelectuales y, por tanto, de la existencia individual autónoma y la deliberación racional. El capitalismo, al amparo de las democracias, ve al ser humano como algo o alguien prescindible, por superfluo.

Por todo ello, hoy las democracias necesitan más que nunca ciudadanos deliberantes, no seguidores de tal o cual líder o partido. Solo una sociedad deliberante será capaz de poner límites a la extinción moral del ultracapitalismo en marcha.

#### IV

Avanzar en la depuración de los valores y principios de la democracia, despojándola de las improntas procedentes del capitalismo y el feudalismo, es la más urgente tarea de los demócratas de hoy. Así como debemos encontrar un sistema institucional que responda a este tiempo en sustitución de la vieja institucionalidad burguesa, así hemos de encontrar principios y valores nuevos. Así como la madre de todos los principios burgueses era una idea aristocrática de humanidad, así esa noción debe ser reelaborada para que actúe como fundamento de una democracia poscapitalista. Voy a permitirme hacer tres rápidas reflexiones sobre aspectos que estimo esenciales en la definición de la nueva cultura que necesitamos. La primera es un breve alegato sobre la dignidad humana. La segunda trata de hablar del juicio deliberante, partiendo de las investigaciones de la pensadora Hannah Arendt sobre el mal de nuestra época, porque sus conclusiones atañen directamente al futuro de la democracia. El tercero es una apuesta por el potencial de lo pequeño y lo popular para superar el principio aristocrático de diferencia moral.

1. Una cultura democrática ha de entender que la humanidad es una unidad, que no hay varias humanidades. Sus otras características son: universalidad, indivisibilidad, incondicionalidad, irreversibilidad e irrevocabilidad. Siendo única, la humanidad no tiene grados: no cabe atribuir a ningún miembro de la especie ni mayor ni menor humanidad o dignidad; siendo indivisible, no podemos pensar en individuos que compartan unos atributos humanos con otros que no lo sean; siendo universal, comprende a todos los miembros de la especie, cualesquiera que sean sus comportamientos, capacidades cognitivas, creencias, especificidad racial, nacional o cultural, condición física o moral; siendo irreversible e irrevocable, no puede perderse

ni suspenderse por ninguna circunstancia, ni por condena judicial ni por inobservancia de normas morales o positivas; siendo incondicional, no está sujeta al cumplimiento de ningún código o régimen para su vigencia. Y sin embargo, las democracias actúan como si hubiera -y según su ideología, las hay- diferencias en el valor moral, en la dignidad de las personas. De ningún miembro de la especie puede reputarse o predicarse la pérdida o mengua de su humanidad. El valor humano no depende de ningún factor exterior, pues es intrínseco, propio de toda criatura humana desde su nacimiento y probablemente no prescribe ni siquiera con la muerte.

Esto es así porque nuestro modo de ser no está determinado por una esencia sino por la contingencia. Nuestro prototipo no es Lot sino Proteo. Nuestra constitución biológica, facultades mentales y dotación espiritual no favorecen una definición ni una configuración única: los humanos no somos *seres para siempre* sino, por definición, mutantes. Esa fue la intuición principal del humanista Pico della Mirandola: el creador, después de haber hecho al mundo, dice, no teniendo nada específico que dar al hombre, lo hizo “obra de perfil indefinido”, “árbitro y soberano artífice de [sí] mismo”. Con su ser expuesto a la contingencia, el humano puede ser uno o lo opuesto, lo mismo o lo diverso, según las circunstancias. No es al inexistente ser perfecto ni solo al ser consagrado en la santidad sino a todo ser de carne y hueso, incluidos el mendigo y el criminal, y todo ser de perfil indefinido, que cabe acordar la dignidad, el máximo valor humano, si queremos que la dignidad, la democracia y la historia de la especie tengan un valor verdadero.

En esta misma línea de Pico, el barón D’Holbach, filósofo ilustrado y materialista, estimó lo siguiente:

*La felicidad o la desgracia, la prosperidad o la miseria de cada uno de nosotros y de naciones enteras están ligadas a fuerzas que no podemos prever, apreciar o detener... Nosotros mismos no podemos responder ni por un momento de nuestro destino; no sabemos lo que pasa en nosotros, las causas que actúan en nuestro interior, ni las circunstancias que las pondrán en acción y desarrollarán su energía.... El hombre más virtuoso puede, por la extraña combinación de circunstancias imprevistas, convertirse en un instante en el hombre más criminal.*

Estas tesis de Pico y D’Holbach consignan una cercanía entre el virtuoso y el criminal, entre los “monstruos”, como llama el pensamiento aristocrático a quienes cometen ciertos delitos, y cualquiera de nosotros. Siendo “obra de perfil indefinido” y resultado de “extrañas combinaciones de circunstancia imprevistas”, quien hoy es virtuoso

mañana puede ser criminal y el criminal de hoy puede devenir virtuoso. He aquí razones para rechazar la estrecha idea de humanidad y dignidad que el pensamiento aristocrático inculcó en la burguesía y en las democracias. Si la humanidad fuera reversible, revocable y prescriptible, una persona a quien hoy tenemos por humana, mañana, absurdamente, por haber cometido un delito o crimen, por ejemplo, rebajaríamos a la condición de “monstruo” y esa misma persona, después de haber demostrado buena conducta, tendría que volver a ser humana. Y viceversa. Los horrores de la Segunda Guerra Mundial llevaron a la Declaración Universal de Derechos, que zanjaba todo debate estableciendo que la dignidad es un atributo intrínseco, no extrínseco, y por tanto incondicional e irrevocable de la especie. Esa declaración está lejos de haber sido asimilada por las democracias.

2. Después de la II Guerra Mundial, Hannah Arendt entendió que en la segunda mitad del siglo XX el tema que debería dominar la discusión intelectual del mundo debiera ser el del mal y se dio a la búsqueda de herramientas para entender el proceso interior que explicara la perpetración de asesinatos dócilmente incorporados a la conciencia moral por miembros normales y funcionales, sin convicciones ideológicas firmes, sin motivaciones malignas ni fisuras psíquicas ni morales aparentes, como ocurren generalmente en el capitalismo. Los resultados se concentran en las conferencias de Arendt sobre Kant y en su libro inconcluso *La vida del espíritu*. Sus conclusiones son de sumo interés para la democracia. Ella utiliza el concepto de *mentalidad amplia*, que consiste en reflexionar sobre el propio juicio desde el punto de vista universal, el que uno puede determinar colocándose en el punto de vista de otros, y viceversa; su máxima consiste en «considerar un asunto desde diversos puntos de vista, teniendo en cuenta los criterios de los que no piensan como yo y *de los que están ausentes*», no para adoptar los juicios de los otros sino «tratando de ser y de pensar dentro de mi propia identidad *tal como en realidad no soy*». La imaginación, la capacidad con la que podemos representarnos el objeto para determinar su concepto y encontrarle sentido, facilita el proceso de reflexión y deviene así esencial. Participar en la mentalidad amplia de este modo, a través de la imaginación y la reflexión otorga a la facultad de juzgar aptitud para el juicio sobre lo moral y lo político, una dimensión de la capacidad de juzgar que se configura cuando, en el juicio, el objeto es apreciado desde el punto de vista de cualquier otro, contraponiendo el juicio propio a *otros juicios*

*posibles*. **Este es** el género de operaciones intelectuales que legitimaría el juicio del ciudadano deliberante de una democracia.

La primera y obvia consecuencia de esto es que las costumbres y normas socialmente aceptadas no pueden constituirse en fundamento de la moral individual. El juicio moral no es colectivo, debe basarse en un acto de pensamiento independiente y autónomo, ser «una toma de posición libre y responsable del individuo que ha reflexionado sobre un problema dado desde un punto de vista que pueda aspirar a ser representativo e imparcial». Basar el comportamiento moral en costumbres, eslóganes, pautas, consignas y lemas, como hacemos mayoritariamente hoy, empujados por el capitalismo digital, es un acto de «dejación culpable de su capacidad de juzgar» para refugiarse en una moral colectiva que impide la emergencia del principio moral. La falta de reflexión que esto supone, el seguimiento rutinario de estereotipos, frases hechas, eslóganes y códigos estandarizados, que reemplazan a la capacidad de juzgar de modo independiente, es la forma del mal que Hannah Arendt descubrió en el paradigmático caso Eichmann, que ilustra la transformación experimentada por el mal en nuestro tiempo.

3. La cultura democrática necesita empeñarse en la implantación de un paradigma opuesto al de una humanidad moralmente diferenciada que conduce a la adversariedad, la guerra y el crimen. Individuos y naciones de ideología aristocrático-burguesa han perseguido a lo largo de la historia: grandeza, fama, distinción, proezas, monumentalidad y ostentación, formas apenas veladas de petición de reconocimiento de superioridad y legitimación, para el sometimiento de los otros. Fijémonos en la recurrente noción de imperio y en las artes históricas espaciales, como la arquitectura y la escultura. En la Antigüedad, el Renacimiento y la Modernidad los grandes monumentos civiles y religiosos fueron concebidos como demostración de poder. Las obras ordenadas por Nabucodonosor II, en Babilonia, las dispuestas por Pericles para exaltar la preeminencia de Atenas, la monumentalidad pública de Roma, las catedrales erigidas por la nobleza europea, las construcciones emblemáticas de la modernidad europea como el Palacio de Cristal y la torre Eiffel en las Exposiciones Universales, y la carrera de los siglos xx y xxi por ostentar los edificios o puentes más altos, largos o espectaculares del mundo comparten el reclamo de grandeza y fueron diseñados para representar universalmente la superioridad de unos señores sobre sus pares o sus

inferiores. La cultura de lo grande comporta una ética de la dominación. La grandeza material busca correspondencia con la grandeza moral, entendiendo que poder y gloria son inseparables. Según un historiador de la arquitectura, la ciudad de Venecia debía «consolidarse y festejar su pacífico poder con alardes de pompa y magnificencia [...] La belleza de la ciudad es celebrada como instrumento político». «Los edificios grandiosos y por así decir eternos» debían recordar al pueblo la autoridad de la Iglesia: la arquitectura magnificente ayudaba a evitar levantamientos populares e imponer respeto y temor a los enemigos.

Si los poderosos buscan así simbolizar la dominación moral, la cultura democrática necesitará situarse en las antípodas, en el lugar más bajo del campo social, el más alejado del poder, donde, por las mismas insoslayables condiciones materiales, solo puede germinar una cultura de lo pequeño. La cultura democrática, que renuncia a las jerarquías y a la dominación moral, debe apuntar hacia lo pequeño porque su medida solo puede ser la del *hominem nudum*, **el hombre natural**, el desnudo de Erasmo de Róterdam, que compone la sociedad con necesidades materiales y morales comunes a todos. Esos hombres comunes que no tienen poder poseen una perspectiva moralmente adecuada para una democracia, pues el lugar social que ocupan no les invita a la trascendencia ni a la dominación. Sus ideales no pierden de vista su condición originaria, que requiere de la ayuda y el apoyo recíprocos para sobrevivir. El perímetro moral en que se desenvuelven hace que la cultura democrática deba buscar su inspiración en ellas.

La posición social de las clases subalternas, aun en condiciones históricas de alienación, les impide concebir como meta el sometimiento moral de otros. **Aunque momentáneamente no** las libere del prestigio de lo superior y no las aparte de la tendencia a la emulación respecto a las clases altas, su posición en la clasificación material de la vida terminará empujándolas a lo popular, lo pequeño y lo homogéneo, a lo que contribuye a la cohesión del grupo, único escudo en los embates sociales y por tanto un factor decisivo en su supervivencia. La educación que recibe, no de su escuela regular sino de su propia existencia precaria, le otorga perspectivas capaces de fundar valores opuestos a los de las clases nobiliaria y burguesa. Una ciudad *bene instituta* no tiene por qué apelar a la magnificencia, la elocuencia o el esplendor. Sus metas sociales son necesariamente diferentes: la satisfacción de las necesidades materiales y morales

cotidianas. No tenemos necesidad de grandeza. Más que grandeza, un pueblo necesita dignidad. Intuitivamente sabedores de ello, los hombres comunes se fijan metas pequeñas relacionadas con la justicia en la resolución de conflictos, el respeto de sus costumbres y sus formas de existencia, sus modos de asociarse y reproducirse, sus cultos y festividades. Desde la perspectiva de lo popular se celebrará la fecundidad, la reproducción, el trabajo, la justicia, la colaboración, el bienestar y la equidad en el grupo. Promover una cultura de lo pequeño no es una opción entre otras sino un postulado que renuncia a la jerarquización y al sometimiento moral. En el universo popular se tiende más que a la trascendencia, a la existencia; más que al futuro, al presente; más que a la gloria, a la satisfacción; más que a la jerarquía y el rango, a la singularidad en la homogeneidad; más que a la reputación y al honor, al respeto; más que a lo exclusivo, a lo compartido; más que a la separación, al vínculo; más que a la inmutabilidad, al cambio; más que a la solemnidad, a la festividad y el juego, que hacen las relaciones más humanas y vivas. En el mundo popular es posible que aún esté vigente aquella «cosmovisión carnavalesca unitaria pero compleja del pueblo» que Mijail Bajtin destacó en la cultura de la Edad Media y el Renacimiento en Europa, que consistía en la «gozosa comprensión de la relatividad de las verdades y autoridades dominantes», gracias a la vigencia de una «lógica original de cosas al revés» y «las permutaciones constantes de lo alto y lo bajo, del frente y el revés, y por las diversas formas de parodias, inversiones, degradaciones, profanaciones, coronamientos y derrocamientos bufonescos». La preferencia por lo material, lo sensible y lo corporal, por la experiencia, lo provisional y lo finito, lo relativo, lo reversible y lo cambiante, por el juego y el placer, por la participación ordinaria en planes comunes con los semejantes, no renuncia al mundo del espíritu y las ideas, a ningún objetivo superior de la vida humana, sino que coloca todo ello en un mismo nivel moral, en igual medida que caracteriza a la existencia de toda la especie. Solo en ese rango común la cultura estará viva y será más propia de una sociedad democrática.

Es indispensable revolucionar los espacios públicos y privados en los que se modelan las percepciones y categorizaciones sociales, se construyen las mentalidades, las subjetividades y las disposiciones que determinan nuestra forma de sentir, pensar y actuar; modificar los ideales sociales, nuestro fondo moral, los *habitus* o principios generadores de prácticas de clase. Centenares de asociaciones ponen frecuentemente

en marcha programas en los que las reivindicaciones cotidianas han ido cimentando prácticas colaborativas y valores igualitarios. Así se diseñarán las instituciones, partiendo del reconocimiento de las necesidades de la comunidad y del *hominem nudum*, y se convertirá a estas en infraestructuras de uso cotidiano para la invención de nuevos y renovados modos de vivir, de construir y valorar la vida privada y común. Porque necesitamos una cultura que transforme progresivamente los resortes profundos de nuestra existencia interior y exterior y mantenga vivo el espíritu de reciprocidad que la propia condición humana nos ha inculcado y sustituir así los principios de la cultura nobiliaria y sus variaciones burguesas.

Finalmente, *last but not least*, necesitamos superar el esquema de prioridades en la lucha por la igualdad. A la precedencia de lo económico y lo político hay que oponerle la simultaneidad de lo moral, con la dignidad como primer e irrenunciable valor social, principio omnipresente en el mundo de la vida. Tal vez sean estas las condiciones indispensables para empezar el camino en una transformación posible.